

BICENTENARIO DEL NACIMIENTO Y DEL BAUTISMO DE SAN FRANCISCO COLL

18 Y 19 DE MAYO DE 2012

Fr. Vito T. Gómez, O.P.

En nuestro contexto cultural y religioso no dejamos pasar por alto determinadas fechas, entre las que se cuentan, sin duda, el aniversario del nacimiento y, aunque puede que con menos frecuencia, el del bautismo. Tales fechas las celebramos de manera especial al llegar a puntos o términos más destacados.

En mayo de 1912 se recordó intensamente al Padre Coll, porque se cumplía el centenario, tanto del nacimiento como de su bautismo. Hizo memoria de él, desde luego, la Congregación, pero también tantos amigos, parientes, devotos y personas agradecidas por su labor en bien de los individuos, de las familias y de grupos muy diferentes. No quisieron dejar pasar la oportunidad para, sobre todo, manifestar gratitud.

Un recuerdo duradero de tal acontecimiento quedó plasmado de manera especial en un número de la revista dominicana, de considerable difusión en el área hispana, titulada «El Santísimo Rosario», mayo de 1912. Quisieron que quedara, asimismo, un eco en la reedición en catalán de su obra titulada «La Hermosa Rosa», que aparecía acompañada de una biografía, todavía de índole testimonial, porque la escribió el canónigo Jaume Collell, testigo de vista de diferentes momentos de la vida del Padre Coll. En los colegios y casas de la Congregación, daban para entonces el número de 135, se rivalizó en realizar trabajos de todo tipo, que después de expuestos se guardaron con todo cuidado en la Casa Madre, hasta que, también ellos, sufrieron una persecución religiosa, por llevar el sello de las obras de la fe.

Es probable que en 1912 no podían ni soñar en que el Padre Coll alcanzara una dimensión universal dentro de la Iglesia Católica. Entre los escritos que se publicaron en el año centenario sí se manifestaba bien a las claras el amor y veneración por él, y en sufragio por su alma celebraron el 18 de mayo una misa de «Réquiem» con oración fúnebre incluida. Pero también tuvieron al día siguiente un oficio de gloria, en el centenario de su bautismo que, como bien es sabido lo recibió en la iglesia de Gombren. En la misa del día 19, en la iglesia de la Casa Madre, se tuvo un sermón adecuado a la circunstancia, y se cantó un solemne «Te Deum», bajo la presidencia del Obispo de Vic, José Torras y Bages.

La tumba del Padre Coll, muy cerca del altar del entonces Beato Pedro Almató, el 18 de mayo de 1912 aparecía adornada con un paño negro, en el que habían estampado el escudo de la Orden. La lápida sepulcral se hallaba flanqueada por unos severísimos candeleros con hachas encendidas como para iluminar el epitafio. Tuvo la oración fúnebre el Doctor Ramón Puig y Coll, sobrino nieto del Padre Coll, profesor en el seminario de Vic, que años más tarde fue sacado una

noche de su casa paterna, que destaca todavía hoy en la plaza de Gombrèn, para ser martirizado en aquellos parajes tan familiares para todos nosotros.

El 19 de mayo se ofreció el reverso de la medalla con relación a los actos fúnebres del 18. Todo respiraba ambiente de gloria y exaltación. Tomó parte el pueblo en masa ya desde primeras horas de la mañana con su incorporación al Rosario de la Aurora, y continuó integrado en la celebración subsiguiente. Se hallaron presentes las autoridades civiles y religiosas, muy numerosas Hermanas, antiguas alumnas, representación del alumnado de aquel momento, familiares, amigos y devotos en general.

En 1912, en tantos escritos y alocuciones se destacaron, como no podía ser de otro modo, sus virtudes y su fama de santidad, su clarividencia en la proyección cultural y ampliamente social. El Padre Coll era como una «encarnación viva del espíritu de Santo Domingo en su tiempo», exclamaba el Venerable Obispo Torras y Bages. Muchos y autorizados testigos acreditaban su virtud eminente. Se sabía bien, afirmaban personas que todavía lo habían visto y oído, lo sabía sobre todo el pueblo que un novenario o una misión dada por él *era la santificación de toda aquella comarca*.

Un mes antes de los días señalados, 18 y 19 de mayo, cursó una carta el Maestro de la Orden, el hoy Beato Jacinto María Cormier, para transmitir a la Congregación algo que decía le impulsaba a escribir el propio Padre Coll, es a saber: que las Hermanas tuvieran bien presente que, en medio de todas las obras que reclamaban su dedicación, debían colocar en primer lugar el empeño por alcanzar la perfección religiosa. El mismo Padre Cormier meses más tarde hizo mención del Padre Coll cuando compuso el decreto de restauración de la Provincia dominicana de Aragón, en octubre de 1912. Uno de los más destacados hijos de aquella Provincia que entonces recobraba su existencia era fray Francisco Coll, que fue un eximio misionero, un ferventísimo propagador del Rosario y el fundador de la amplísima Congregación de las Hermanas Dominicanas de la Anunciata.

* * *

Han transcurrido ya cien años de aquellas celebraciones; era el tiempo de la plenitud de muchos de nuestros abuelos. Se cumple ahora en este mes de mayo de 2012 el segundo siglo del nacimiento, ahora ya de San Francisco Coll. ¡Cuántos acontecimientos han tenido lugar durante este siglo que nos separa del 1912! Por entonces se proclamaba la santidad del Padre Coll, pero no se formulaba todavía por escrito ningún voto pidiendo la apertura de una encuesta diocesana en orden a la declaración oficial de la misma. Para ello habría que esperar todavía casi veinte años.

A los dos años de celebrar el centenario se desencadenó una primera guerra de características universales, en que se usó armamento hasta entonces no probado entre pueblos tan numerosos. «El tristísimo fantasma de la guerra domina por doquier», exclamaba el Papa Benedicto XV el 11 de noviembre de 1914. Al final de la misma dará la vuelta al mundo, traducido a diferentes lenguas, un libro de Oswald Spengler, que el filósofo José Ortega y Gasset tradujo al castellano,

con el título de «La decadencia de Occidente». Es verdad que España no entró como nación beligerante en la primera guerra mundial de 1914 a 1918, pero no tardó en vivir intensamente una época en verdad trágica que se colocó entre las dos guerras mundiales. Fue un tiempo de persecución religiosa probablemente tan penoso como el que vivió la Iglesia en la llamada era de los mártires. Varios de los testigos del proceso de canonización del Padre Coll sufrieron la muerte por Cristo, alguno como el ya aludido Doctor Puig y Coll pertenecía a su familia. La Orden de Santo Domingo cuenta ya con cerca de ochenta mártires de aquel siglo XX en España beatificados. La Congregación del Padre Coll tiene siete Hermanas mártires en los altares.

La Iglesia en estos cien años que arrancan de 1912 ha vivido tiempos de purificación y de renovación, impulsada esta de manera muy particular por el Concilio Vaticano II, bien puede decirse que una asamblea sin precedentes en el conjunto de la historia de la Iglesia, por la amplitud del campo que abarcó y por la iluminación tan certera y oportuna que proyectó hacia todos los ámbitos de la vida cristiana.

El Beato Juan Pablo II introdujo, tal como entendía él, en una nueva etapa de la vida de la Iglesia, y no solo en un nuevo siglo y en un nuevo milenio de la historia cristiana de la humanidad. Veinte años antes había dado al Pueblo de Dios como nuevo Beato a Francisco Coll, bajo cuya protección puso su pontificado, tal como manifestó ante la multitud reunida para el rezo del «Angelus» en la plaza del San Pedro de Roma en aquel inolvidable 29 de abril de 1979. De algún modo puede asegurarse que el Papa que «llegaba de lejos» a Roma ofreció a la universalidad al nuevo Beato, especialmente a través de la implantación que tiene nuestra Familia dominicana en el mundo entero.

Ha sido, sin embargo, Benedicto XVI quien lo ha dado a toda la Iglesia. Entregado, realmente, y no solo ofrecido. Lo ha regalado a toda la Iglesia para honor de la Santísima Trinidad, para exaltación de la fe católica e incremento de la vida cristiana. Con la autoridad de Cristo, de Pedro y Pablo y con la suya propia Benedicto XVI lo decretó, lo definió Santo, y lo inscribió en el Catálogo de los Santos, estableciéndolo en toda la Iglesia entre los Santos a los que *se debe* —y no solo se puede— dar culto con pía devoción.

Celebramos, pues, el Bicentenario, en un mundo bien distinto del que tenían hace Cien años las generaciones que nos precedieron. Los retos o desafíos que se nos ofrecen en medio de esta sociedad son los que corresponden a los seguidores de Domingo en esta Orden que se está preparando para conmemorar los ochocientos años de su fundación, y que recibió el carisma de imitar a Cristo, Palabra del Padre hecha carne, y anunciador de la misma por ciudades, villas, aldeas y campos que integran el mundo.

* * *

Esta celebración del Bicentenario del nacimiento y bautismo de San Francisco Coll nos pide y facilita el dar cauce y expresar nuestros sentimientos de *gratitud*. Todo ha sido gratuito y sobreabundante desde el comienzo, tanto que el Padre Coll alababa a Dios por haber suscitado semejante obra a partir «del polvo

de la tierra». Expresar acción de gracias incluye el reconocer que *ha sido el Señor quien ha hecho todo esto*, como exclamaba el propio Padre Coll en 1863. Reconocer, igualmente, que no se ha realizado esta obra del Espíritu sin la necesaria *mediación humana*, sin la colaboración de tantas Hermanas, principalmente. De aquellas 1.121 que integraban la familia de la Anunciata en 1912, de las 1.665 que habían recibido el hábito desde el 15 de agosto de 1856 hasta el año del primer centenario del nacimiento del Padre Coll, de las 289 que habían dejado la tierra alentadas por la esperanza del cielo. Gratitud por el alumnado, que en 1912 era de 19.570 niños y niñas, de tantos miles de familias, de tantos colaboradores animados también por el Espíritu de Dios, y pertenecientes a los tres estados de la vida cristiana, jerarquía, laicado y religiosos.

Naturalmente que la gratitud se alarga y ensancha para intentar abarcar la inabarcable acción de Dios en los cien años que llegan hasta nosotros, así como para pretender cuantificar y expresar la generosa colaboración humana, aunque podríamos traer a la memoria estadísticas que han ido recogiendo las crónicas que con tanto cuidado ha elaborado la Congregación. ¡Cuántos miles de páginas, incontables horas, múltiples diligencias de todo tipo no han sido necesarias para ofrecer un pálido reflejo del actuar de Dios y del trabajo humano dedicado a la «Obra del Padre Coll»! En este último centenario las fuerzas se han multiplicado y se ha agrandado la Familia Anunciatista, particularmente con la presencia en cuatro continentes, integración de Hermanas y colaboración con familias y grupos procedentes de diferentes países y culturas, y muy amplia integración de los laicos en tareas educativas.

La acción de gracias manifiesta reconocimiento de los dones recibidos de Dios y disponibilidad, no para guardarlos ni menos esconderlos, sino para hacerlos fructificar repartiéndolos generosamente.

Para ello hemos de continuar en el empeño, como se decía de San Francisco Coll hace cien años, de encarnar, de reavivar en nuestro tiempo el espíritu de Santo Domingo. Un gran reto que todos tenemos es el de conocer bien a ambos, a Domingo y a Francisco Coll, como servidores generosos que fueron de Cristo, Palabra encarnada y Palabra proclamada, y de la humanidad. Hacer vida la gracia del carisma a partir de un mejor conocimiento de los fundadores de las familias religiosas lo pidió el Concilio Vaticano II, exhortando a un retorno constante a las fuentes de la revelación, a la Biblia, a la teología, para nosotros a la primigenia inspiración que Domingo y Francisco recibieron del Espíritu Santo que, como decía la teóloga y doctora de la Iglesia, Santa Catalina de Siena, ellos, Domingo, y añadimos Francisco Coll, van en la nave de nuestra Familia religiosa, dóciles a las órdenes que da —que sigue dando— el marinerero patrón, que no es otro que el Espíritu Santo, inspirador de toda la Orden dominicana, y de esta tan importante parcela de la misma que es la Congregación de la Anunciata. El Espíritu suscitó y mantiene esta Obra para recibir en ella a las almas que quieren correr hacia la vida perfecta, y navegar en dirección al puerto de la eterna salvación.

La gratitud por el pasado pide vivir con pasión el presente, y abrirse con confianza al futuro. Así lo hicieron en su tiempo Santo Domingo y San Francisco Coll, y tras ellos tantas generaciones de hermanas y hermanos nuestros, en un

servicio doctrinal a la Iglesia y a la humanidad, a pesar de que los tiempos nunca han sido fáciles. Bien sabemos que importa mucho vivir bien el presente, que es lo que tenemos, lo más nuestro. Pero para ello no puede prescindirse del pasado ni dejar de mirar hacia el futuro.

Mirando al futuro, Domingo y Francisco nos invitan a seguir colocando a Cristo en el centro del horizonte. Es la Palabra, en realidad, la única Palabra que Dios tiene para sus hijos los hombres. Ellos contemplaron a Cristo, ayudados por la Escritura y por la acogida que le dieron en sus vidas. Lo anunciaron infatigablemente, convencidos de que solo la persona de Cristo puede salvar a los seres humanos. Caminaron desde Cristo, y lograron ser transparencia de su Resurrección en medio del mundo, y así contagiaron santidad, y como santos los recordamos, veneramos, admiramos e invocamos. Ellos son un hito bien claro en nuestro camino hacia el futuro.

Nuestros Padres Domingo y Francisco Coll querían que nuestras comunidades y ámbitos de apostolado fueran auténticas *escuelas de oración, bien alimentadas por la Palabra y la Eucaristía*. En estas *escuelas de oración* están las grandes y auténticas *reservas vocacionales*. ¡Pedían tanto hace cien años vocaciones para que se aumentaran aquellas poco más de mil Hermanas! Lo pedimos también hoy, pero el secreto para conseguirlas está aquí. En la escuela orante de Cristo y de María, porque ambos han hecho nacer la Orden y la Congregación. Estas escuelas de oración que pueden y deben ser nuestras comunidades beneficiarán a las parroquias, a las familias, a los colegios, a los jóvenes y los mayores. Suscitarán una más atenta reflexión sobre los valores esenciales de la vida y ayudarán a entenderla mejor en el ámbito de la providencia y de los planes de Cristo Salvador.

Infatigables fueron Domingo y Francisco Coll en el *anuncio de la Palabra*, e infatigables hemos de ser nosotros, con la misma *pasión por la predicación* que destacaba Benedicto XVI en el Padre Coll al canonizarlo. ¡Qué hermosos son los pies de los que se dirigen día tras día *a las escuelas y a otros campos de apostolado* para anunciar la buena noticia de que la vida tiene sentido, siempre injertada en el amor de Cristo, la vida verdadera!

Este año Bicentenario y casi Octavo Centenario del nacimiento de la Orden entera pide el *nacimiento de algo nuevo*, nuevas sintonías con Domingo y Francisco Coll, nuevas ilusiones, nuevas esperanzas, nuevas docilidades, nuevos planteamientos, nuevos cauces, nuevo amor, nueva confianza, nueva comunidad de vida, nueva plegaria, nueva adoración, nuevo estudio, nueva predicación, nuevos signos del buen trabajo que el Padre Dios realiza entre nosotros y por medio de nosotros.

Lo nuevo forma parte de la entraña del carisma dominicano. Lo afirmaba tempranamente un hermano nuestro, Guillermo de Tocco, al trazar la biografía de Santo Tomás: «Todo era nuevo en él: nuevos problemas, nuevas conclusiones, nuevos argumentos, nuevas razones, nuevo método, nueva presentación, nuevo orden, nueva formulación». *Ocho novedades* en tan solo dos líneas.

¡Con esta búsqueda siempre nueva renovaremos nuestra vocación de *predicadores en la Iglesia!* Conseguiremos que la luz de nuestros Padres no se apague, aun más, que se reavive e intensifique.

Continúa pleno de actualidad el anhelo que formulaba en 1912 el Venerable Torras y Bages, perteneciente a nuestra Familia:

Perseverancia en la sencillez evangélica

Práctica de la piedad

Sobrenatural y puro amor al prójimo

Confianza filial en María, la Inmaculada Reina del Santísimo Rosario

Que el Señor siga atrayendo muchas vocaciones, que se consagren a su servicio con apostólico ánimo en la Congregación de la Anunciata

Así, por siglos y siglos, colaborará al mantenimiento en el mundo del Reino de Dios, a la fecundidad de la divina Viña y a la hermosura del Rosal divino.